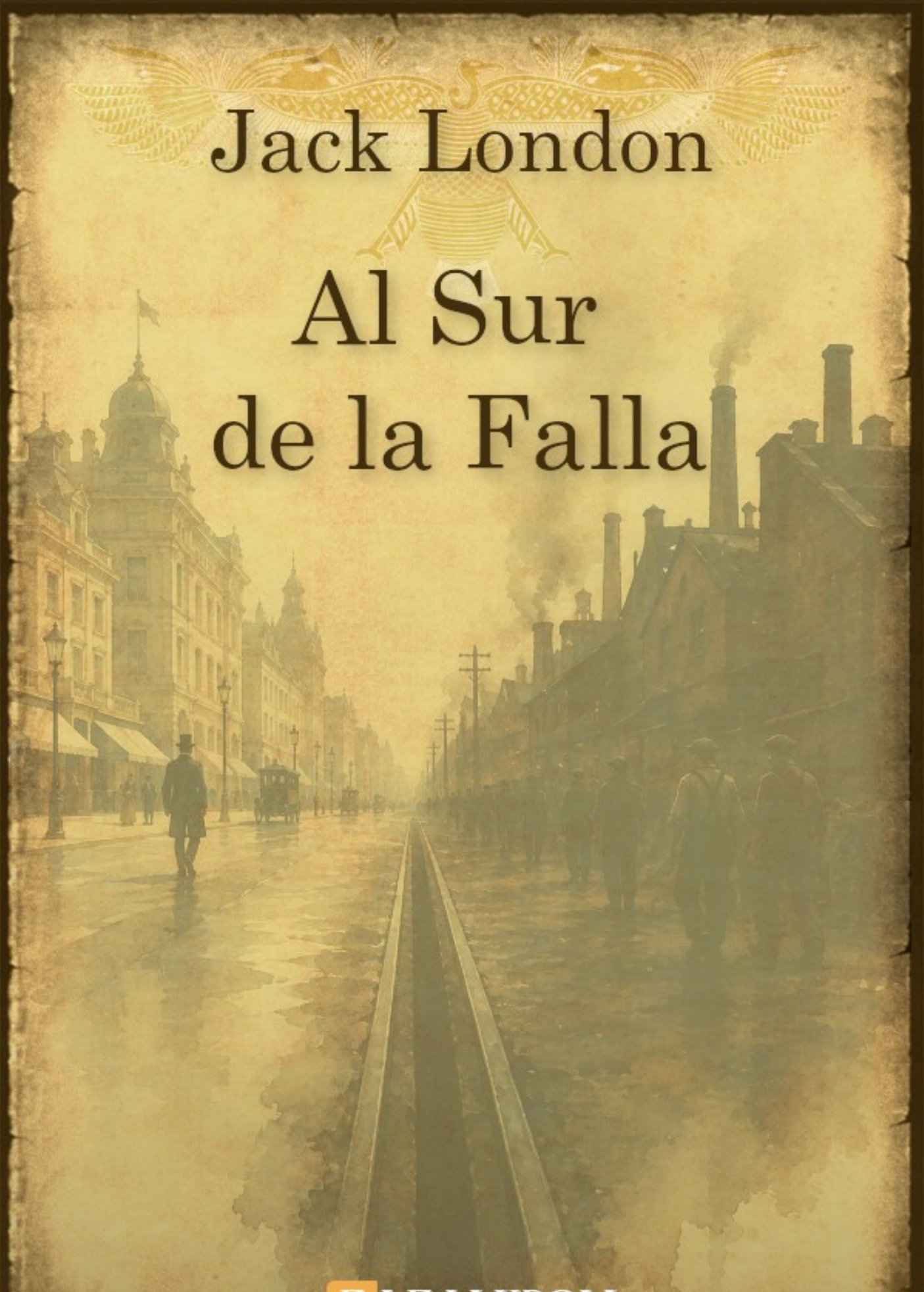




Jack London

Al Sur
de la Falla



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AL SUR DE LA FALLA

JACK LONDON

PUBLICADO: 1909

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE STRENGTH OF THE STRONG (1914)

La raja era la metáfora que expresaba la división de clases de la sociedad, y ningún hombre cruzó esa metáfora, en uno y otro sentido, con más éxito que Freddie Drummond. Tenía por costumbre vivir en los dos mundos, y en ambos vivió de manera señalada. Freddie Drummond era profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de California, y fue en calidad de profesor de sociología como cruzó por primera vez la raja, vivió durante seis meses en el gran gueto obrero y escribió *El trabajador no cualificado*, libro que fue aclamado en todas partes como una valiosa contribución a la literatura del progreso y como una espléndida réplica a la literatura del descontento. En lo político y en lo económico, era todo lo ortodoxo que cabe imaginar. Los presidentes de las grandes compañías ferroviarias compraban ediciones enteras para repartirlas entre sus empleados. Sólo la Asociación de Fabricantes distribuyó cincuenta mil ejemplares. En cierto modo, era casi tan inmoral como el célebre y tristemente afamado *Mensaje a García*, y en su perniciosa prédica de la parsimonia y la conformidad no le iba a la zaga a *El señor Wiggs del huerto de coles*.

Al principio, Freddie Drummond encontró enormemente difícil desenvolverse entre la gente trabajadora. No estaba habituado a sus costumbres, y ellos, desde luego, no lo estaban a las suyas. Desconfiaban. No tenía antecedentes. No podía hablar de trabajos anteriores. Tenía las manos blandas. Su exquisita cortesía resultaba inquietante. Su primera idea del papel que desempeñaría era el de un americano libre e independiente que elegía trabajar con las manos sin dar explicaciones. Pero no funcionó, como pronto comprendió. Al principio lo aceptaron, muy provisionalmente, como a un tipo raro. Algo después, conforme fue orientándose mejor, fue derivando sin darse cuenta hacia el papel que sí encajaba: el de un hombre que había conocido tiempos mejores, mucho mejores, pero que estaba pasando una racha de mala suerte, aunque, eso sí, sólo de forma temporal.

Aprendió muchas cosas, y generalizó mucho y a menudo con error, todo lo cual puede encontrarse en las páginas de *El trabajador no cualificado*. Sin embargo, se salvó, a la manera sensata y conservadora propia de su clase, calificando sus generalizaciones de «provisionales». Una de sus primeras experiencias fue en la gran Conservera Wilmax, donde lo pusieron a trabajar a destajo fabricando cajas pequeñas de embalaje. Una fábrica de cajas suministraba las piezas, y todo lo que Freddie Drummond tenía que hacer

era encajarlas en un molde y clavar los clavos de alambre con un martillo ligero.

No era un trabajo cualificado, pero era a destajo. Los peones ordinarios de la conservera cobraban un dólar y medio al día. Freddie Drummond comprobó que los otros hombres que hacían el mismo trabajo que él trotaban a un ritmo pausado y ganaban un dólar setenta y cinco al día. Al tercer día fue capaz de ganar lo mismo. Pero era ambicioso. No tenía ganas de trotar y, siendo un hombre excepcionalmente capaz y en forma, al cuarto día ganó dos dólares.

Al día siguiente, habiéndose forzado hasta una tensión agotadora, ganó dos dólares y medio. Sus compañeros de trabajo lo obsequiaron con ceños fruncidos y miradas torvas, y le hicieron comentarios en argot, sarcásticos y que él no entendía, acerca de lamerle las botas al jefe, de marcar el ritmo y de «aguantar el tipo cuando lleguen las lluvias». Se asombró de su pasotismo trabajando a destajo, generalizó sobre la pereza congénita del trabajador no cualificado, y al día siguiente se puso a martillear cajas por valor de tres dólares.

Y aquella noche, al salir de la conservera, sus compañeros de trabajo le salieron al paso: estaban muy enfadados y hablaban en argot de manera incoherente. No alcanzó a comprender el motivo que los impulsaba a actuar así. La acción en sí fue contundente. Cuando se negó a aflojar el ritmo y balbuceó sobre la libertad de contrato, el americanismo independiente y la dignidad del trabajo, procedieron a inutilizarle la capacidad de marcar el ritmo. Fue una pelea encarnizada, pues Drummond era un hombre corpulento y atlético, pero al final la pandilla le saltó sobre las costillas, le pisoteó la cara y le aplastó los dedos, de modo que sólo al cabo de una semana en cama pudo levantarse y buscar otro trabajo. Todo ello está debidamente narrado en aquel primer libro suyo, en el capítulo titulado «La tiranía del trabajo».

Algo más tarde, en otro departamento de la Conservera Wilmax, cargando como repartidor de fruta entre las mujeres, intentó cargar dos cajas de fruta a la vez y sus compañeros de reparto lo reprendieron de inmediato. Era un pasotismo evidente; pero él estaba allí, decidió, no para cambiar las condiciones, sino para observar. Así que a partir de entonces cargó una sola

caja, y tan bien estudió el arte del escaqueo que le dedicó un capítulo especial, con los últimos párrafos consagrados a generalizaciones provisionales.

En aquellos seis meses trabajó en muchos empleos y se convirtió en una imitación muy lograda de un obrero auténtico. Era un lingüista nato, y llevaba cuadernos de notas en los que hacía un estudio científico del argot o jerga de los trabajadores, hasta que pudo hablar con bastante soltura. Ese lenguaje también le permitía seguir con mayor intimidad sus procesos mentales, y así reunir abundante material para un capítulo proyectado en algún futuro libro que pensaba titular *Síntesis de la psicología de la clase obrera*.

Antes de salir a la superficie tras aquella primera inmersión en el mundo subterráneo, descubrió que era un buen actor y demostró la plasticidad de su naturaleza. Él mismo se asombraba de su propia fluidez. Una vez dominado el lenguaje y vencidos numerosos escrúpulos de delicadeza, descubrió que podía fluir hacia cualquier rincón de la vida de la clase obrera y encajar en él tan perfectamente que se sentía cómodo como en casa. Según dijo en el prefacio de su segundo libro, *El trabajador*, se propuso conocer de verdad a la gente trabajadora, y la única manera posible de lograrlo era trabajar a su lado, comer su comida, dormir en sus camas, divertirse con sus diversiones, pensar sus pensamientos y sentir sus sentimientos.

No era un pensador profundo. No tenía fe en las teorías nuevas. Todas sus normas y criterios eran convencionales. Su tesis sobre la Revolución Francesa era notable en los anales universitarios, no sólo por su meticulosa y voluminosa exactitud, sino por ser el escrito más seco, más muerto, más formal y más ortodoxo que jamás se había escrito sobre el tema. Era un hombre muy reservado, y su inhibición natural era abundante en cantidad y acerada en calidad. Tenía muy pocos amigos. Era demasiado poco expresivo, demasiado frío. No tenía vicios, ni nadie le había descubierto tentación alguna. El tabaco le repugnaba, la cerveza le daba asco, y nunca se le conoció beber nada más fuerte que algún que otro vino ligero en la cena.

De estudiante de primer año lo habían bautizado «Nevera» sus compañeros de sangre más caliente. Como miembro del claustro lo conocían por «Frigorífico». Sólo tenía un motivo de pena, y ese era «Freddie». Se lo había ganado cuando jugaba de defensa en el equipo universitario, y su alma formal no había conseguido sacudírselo de encima. «Freddie» sería siem-

pre, salvo en lo oficial, y a través de pesadillescas perspectivas vislumbraba un futuro en que su mundo hablaría de él como «el viejo Freddie».

Porque era muy joven para ser doctor en sociología, sólo veintisiete años, y aparentaba menos. En aspecto y en porte era un universitario bien plantado y robusto, de rostro lampiño y modales fáciles, limpio, sencillo y saludable, con fama de ser un atleta espléndido y una vasta posesión implícita de esa fría cultura del tipo inhibido. Nunca hablaba de trabajo fuera del aula y de las salas de reuniones, salvo más adelante, cuando sus libros lo abrumaron con una notoriedad pública que le resultaba ingrata y cedió hasta el punto de leer ocasionales ponencias ante ciertas sociedades literarias y económicas.

Todo lo hacía bien, demasiado bien; y en el vestir y en el comportamiento era inevitablemente correcto. No es que fuera un dandi. Nada de eso. Era un universitario, en el vestir y en el porte tan igual a sí mismo como un guisante al tipo que en los últimos años sale tan generosamente de nuestras instituciones de enseñanza superior. Su apretón de manos era satisfactoriamente firme y rígido. Sus ojos azules eran fríamente azules y convincentemente sinceros. Su voz, firme y varonil, clara y nítida en la dicción, era agradable al oído. El único inconveniente de Freddie Drummond era su inhibición. Nunca se relajaba. En sus tiempos de jugador de fútbol, cuanto mayor era la tensión del partido, más frío se ponía. Era conocido como boxeador, pero se le consideraba un autómatas, con la precisión inhumana de una máquina que calibra distancias y mide golpes, que guarda, bloquea y contiene. Rara vez recibía castigo, y rara vez castigaba al adversario. Era demasiado hábil y demasiado controlado para permitirse poner un gramo más de peso en un golpe del que pretendía. Para él era una cuestión de ejercicio. Lo mantenía en forma.

Con el paso del tiempo, Freddie Drummond se encontró cruzando la raja con mayor frecuencia y perdiéndose en el sur del mercado. Sus vacaciones de verano e invierno las pasaba allí, y tanto si era una semana como un fin de semana, le parecía que el tiempo empleado era valioso y agradable. Y había tanto material que recopilar. Su tercer libro, *Masa y poder*, se convirtió en libro de texto en las universidades americanas; y casi sin darse cuenta, ya estaba trabajando en un cuarto, *La falacia de los ineficientes*.

En algún lugar de su constitución había un extraño pliegue o capricho. Quizá era una reacción contra su entorno y su formación, o una semilla templada de sus antepasados, que habían sido hombres de libros generación tras generación; pero en cualquier caso, encontraba disfrute en adentrarse en el mundo de la clase obrera. En su propio mundo era «Frigorífico», pero ahí abajo era Bill Totts «el Grande», que sabía beber y fumar, y hablar en argot y pelear, y ser el favorito de todos. A Bill le quería todo el mundo, y más de una obrera se enamoró de él. Al principio no había sido más que un buen actor, pero con el tiempo la simulación se convirtió en segunda naturaleza. Ya no interpretaba un papel, y le encantaban las salchichas, las salchichas con beicon, alimentos ante los cuales, en su propia esfera, no había nada más repugnante.

De hacer las cosas por necesidad pasó a hacerlas por placer. Se sorprendía lamentándose cuando se acercaba el momento de volver al aula y a su inhibición. Y a menudo se sorprendía esperando con impaciencia que pasaran los soñolientos días para poder cruzar la raja, soltarse y hacer de las suyas. No era un malvado, pero como Bill Totts «el Grande» hacía mil cosas que a Freddie Drummond nunca se le habrían permitido. Es más, Freddie Drummond nunca las habría querido hacer. Ésa era la parte más extraña de su descubrimiento. Freddie Drummond y Bill Totts eran dos criaturas totalmente distintas. Los deseos, los gustos y los impulsos de cada uno chocaban con los del otro. Bill Totts podía escaquearse en el trabajo con la conciencia tranquila, mientras que Freddie Drummond condenaba el escaqueo como vicioso, criminal y antiamericano, y le dedicaba capítulos enteros a denunciar ese vicio. A Freddie Drummond no le gustaba bailar, pero Bill Totts no se perdía las noches en los distintos clubes de baile, como La Magnolia, La Estrella del Oeste y El Élite; y además ganó una maciza copa de plata de setenta y cinco centímetros de altura por ser el disfraz mejor sostenido en el gran baile de máscaras anual de los Carniceros y Trabajadores de la Carne. Y a Bill Totts le gustaban las chicas y a las chicas les gustaba él, mientras que Freddie Drummond se complacía en hacer el asceta en ese particular, se manifestaba abiertamente contrario al sufragio femenino y era cínicamente amargo en su condena secreta de la educación mixta.

Freddie Drummond cambiaba sus modales junto con la ropa, y sin esfuerzo. Cuando entraba en el cuartito que usaba como camerino para sus escenas de transformación, andaba con una rigidez excesiva. Se erguía dema-

siado, los hombros un par de centímetros demasiado echados hacia atrás, y su rostro era grave, casi duro, y prácticamente inexpresivo. Pero cuando salía con la ropa de Bill Totts era otra criatura. Bill Totts no se encorvaba, pero de algún modo todo su cuerpo se aflojaba y se volvía gracioso. Incluso el sonido de la voz cambiaba, y la carcajada era sonora y sincera, mientras que el habla suelta y algún que otro taco eran lo más natural de sus labios. Además, Bill Totts tenía cierta tendencia al trasnochar, y a veces, en las tabernas, a ponerse de buen humor pendenciero con otros obreros. Y en los picnics del domingo, o al volver del espectáculo, cualquiera de sus brazos traicionaba una familiaridad ejercitada al colarse por la cintura de las chicas, mientras desplegaba un ingenio vivo y delicioso en el coqueto palique que se esperaba de un buen tipo de su clase.

Tan por completo era Bill Totts él mismo, tan por completo un obrero, un verdadero habitante del sur de la raja, que tenía tanta conciencia de clase como el promedio de los suyos, y su odio al esquirol superaba incluso al del sindicalista leal medio. Durante la Huelga del Frente Portuario, Freddie Drummond era capaz de algún modo de mantenerse al margen de aquella singular combinación y, con fría mirada crítica, observar cómo Bill Totts apaleaba alegremente a los estibadores esquiroles. Porque Bill Totts era miembro de cuota de la Unión de Estibadores y tenía derecho a indignarse con los usurpadores de su puesto. Bill Totts «el Grande» era tan corpulento, y tan capaz, que era «el Grande» Bill el que avanzaba al frente cuando se olía bronca. De fingir sentimientos de ultraje, Freddie Drummond, en el papel de su otro yo, llegó a experimentar un ultraje genuino, y sólo cuando regresaba al ambiente clásico de la universidad era capaz, con sensatez y cautela, de generalizar sobre sus experiencias en el mundo subterráneo y plasmarlas en el papel como correspondía a un sociólogo formado. Que Bill Totts carecía de la perspectiva necesaria para elevarse por encima de la conciencia de clase era algo que Freddie Drummond veía con claridad. Pero Bill Totts no podía verlo. Cuando veía a un esquirol quitándole el trabajo, le entraba ceguera al mismo tiempo, y poco más veía. Era Freddie Drummond, impecablemente vestido y aseado, sentado ante su mesa de estudio o encarando a su clase en *Sociología 17*, quien veía a Bill Totts, y todo lo que rodeaba a Bill Totts, y todo lo que rodeaba al problema completo del esquirolaje y el sindicalismo y su relación con el bienestar económico de los Estados Unidos en la lucha por el mercado mundial. Bill Totts, en realidad, no

era capaz de ver más allá de la próxima comida y del combate de boxeo de la noche siguiente en el Club Atlético Gaiety.

Fue mientras recopilaba material para *Las mujeres y el trabajo* cuando Freddie recibió la primera advertencia del peligro en que se encontraba. Tenía demasiado éxito viviendo en los dos mundos. Aquel extraño dualismo que había desarrollado era, a fin de cuentas, muy inestable, y, al sentarse en su estudio a reflexionar, veía que no podía perdurar. Era en realidad una etapa de transición, y si persistía veía que inevitablemente tendría que abandonar uno de los dos mundos. No podía continuar en ambos. Y al contemplar la hilera de volúmenes que adornaban el estante superior de su librería giratoria, sus volúmenes, que empezaban por su tesis y terminaban con *Las mujeres y el trabajo*, decidió que ése era el mundo al que se aferraría y en el que permanecería. Bill Totts había cumplido su función, pero se había convertido en un cómplice demasiado peligroso. Bill Totts tendría que desaparecer.

El susto de Freddie Drummond se debía a Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Trabajadores del Guante n.º 974. La había visto por primera vez, desde la galería del público, en el congreso anual de la Federación Obrera del Noroeste, y la había visto con los ojos de Bill Totts, y ese individuo había quedado muy favorablemente impresionado por ella. No era en absoluto el tipo de Freddie Drummond. ¿Qué importaba que fuera una mujer de cuerpo regio, grácil y nerviosa como una pantera, con unos ojos negros asombrosos que podían llenarse de fuego o de risa amorosa según lo dictase el estado de ánimo? Le repugnaban las mujeres con una vitalidad demasiado exuberante y una falta de... bueno, de inhibición. Freddie Drummond aceptaba la doctrina de la evolución porque estaba bastante universalmente aceptada entre los universitarios, y creía a rajatabla que el hombre había trepado por la escala de la vida desde el lodazal hirviente y el fango de los organismos inferiores y monstruosos. Pero le avergonzaba un poco esa genealogía y prefería no pensar en ella. De ahí que, probablemente, practicara su férreo control y lo predicara a los demás, y prefiriera mujeres de su propio tipo, que pudieran sacudirse esa ancestral y lamentable línea bestial y, mediante la disciplina y el dominio de sí mismas, acentuar la amplitud del abismo que las separaba de lo que habían sido sus remotos antepasados.

Bill Totts no tenía ninguna de esas consideraciones. Le había gustado Mary Condon desde el momento en que sus ojos posaron en ella por primera vez en la sala del congreso, y se había propuesto, allí mismo, averiguar quién era. La siguiente vez que se encontró con ella, y de manera completamente fortuita, fue cuando conducía un carro de transporte para Pat Morrissey. Fue en una casa de huéspedes de Mission Street, adonde lo habían llamado para llevar un baúl a un almacén. La hija de la patrona lo había llamado y lo había llevado hasta el cuartito, cuya ocupante, una guantería, acababa de ser ingresada en el hospital. Pero Bill no lo sabía. Se agachó, levantó el baúl, que era grande, lo puso en vertical, se lo cargó al hombro y, de espaldas a la puerta abierta, se esforzó por incorporarse. En ese momento oyó una voz de mujer.

—¿Estás en el sindicato? —fue la pregunta.

—¡Eh, y a ti qué te importa! —replicó—. Anda, circula y quítate de en medio. Quiero darme la vuelta.

Lo siguiente que supo fue que, corpulento como era, lo habían girado a medias y lo habían mandado tambaleándose hacia atrás, con el baúl desequilibrándolo, hasta que fue a estrellarse contra la pared. Empezó a soltar un taco, pero en ese mismo instante se encontró mirando a los ojos centelleantes y furiosos de Mary Condon.

—Claro que estoy en el sindicato —dijo—. Sólo estaba tomándote el pelo.

—¿Dónde está tu carné? —exigió ella en tono profesional.

—En el bolsillo. Pero ahora no puedo sacarlo. Este baúl pesa demasiado. Baja al carro conmigo y te lo enseño.

—Deja ese baúl —fue la orden.

—¿Para qué? Si te digo que tengo el carné.

—Déjalo, y punto. Ningún esquirol va a tocar ese baúl. Debería darte vergüenza, cobardón, haciendo el esquirol a hombres honrados. ¿Por qué no te afilias al sindicato y te portas como un hombre?

Mary Condon había palidecido y era evidente que estaba fuera de sí de rabia.

—Menudo hombre grande como tú traicionando a su clase. Supongo que estarás deseando alistarte en la milicia para tener ocasión de disparar contra los conductores sindicados en la próxima huelga. A lo mejor ya estás en la milicia, que para el caso es lo mismo. Eres del tipo que...

—¡Para ya, eso ya es demasiado! —Bill dejó caer el baúl al suelo con un golpe seco, se irguió y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta —. Te dije que sólo estaba bromeando. Toma, mira esto.

Era una cartilla sindical en toda regla.

—Está bien, llévatelo —dijo Mary Condon—. Y la próxima vez, no me vengas con guasas.

Su rostro se relajó al advertir la facilidad con que se echó el pesado baúl al hombro, y le brillaron los ojos al recorrer la corpulencia airosa de aquel hombre. Pero Bill no lo vio. Estaba demasiado ocupado con el baúl.

La siguiente vez que vio a Mary Condon fue durante la Huelga de las Lavanderías. Las Obreras de la Lavandería, organizadas hacía muy poco, eran novatas en el asunto y le habían pedido a Mary Condon que dirigiera la huelga. Freddie Drummond había tenido un barrunto de lo que se avecinaba y había enviado a Bill Totts a afiliarse al sindicato y a investigar. El puesto de Bill estaba en el cuarto de lavado, y a los hombres los habían hecho salir primero aquella mañana, con el fin de dar ánimos a las muchachas; y quiso el azar que Bill estuviera cerca de la puerta del cuarto de las calandrias cuando Mary Condon fue a entrar. El encargado, que era corpulento y grueso, le cerró el paso. No iba a consentir que le sacaran a sus muchachas de allí, y le daría una lección para que aprendiera a meterse en sus propios asuntos. Y cuando Mary intentó colarse a su lado, la echó hacia atrás con una mano gorda sobre el hombro. Ella miró en torno y vio a Bill.

—Oiga, señor Totts —llamó—. Écheme una mano. Quiero entrar.

Bill sintió un sobresalto de cálida sorpresa. Se había acordado de su nombre por la cartilla del sindicato. Un instante después el encargado había sido arrancado del umbral vociferando sobre sus derechos ante la ley, y las muchachas abandonaban sus máquinas. Durante el resto de aquella breve y exitosa huelga, Bill se erigió en secuaz y recadero de Mary Condon, y cuando terminó regresó a la Universidad para ser Freddie Drummond y preguntarse qué le podía ver Bill Totts a semejante mujer.

Freddie Drummond estaba completamente a salvo, pero Bill se había enamorado. No había forma de negar el hecho, y era ese hecho lo que le había servido de advertencia a Freddie Drummond. En fin, ya había hecho su trabajo, y sus aventuras podían cesar. No tenía por qué volver a cruzar la Raja. Todo salvo los tres últimos capítulos de su última obra, *Táctica y estrategia obreras*, estaba terminado, y disponía de material suficiente para nutrir debidamente esos capítulos.

Otra conclusión a la que llegó fue que, para anclarse a sí mismo como Freddie Drummond, le hacían falta lazos y relaciones más estrechas en su propio rincón social. De todos modos, ya iba siendo hora de que se casara, y era plenamente consciente de que si Freddie Drummond no se casaba, Bill Totts lo haría sin duda, y las complicaciones eran demasiado espantosas para siquiera imaginarlas. Y así entra en escena Catherine Van Vorst. Ella misma era una mujer universitaria, y su padre, el único miembro adinerado del claustro, era además el director del Departamento de Filosofía. Sería un matrimonio prudente desde cualquier punto de vista, concluyó Freddie Drummond cuando el compromiso quedó consumado y anunciado. De apariencia fría y reservada, aristocrática y sanamente conservadora, Catherine Van Vorst, aunque cálida a su manera, poseía una contención igual a la de Drummond.

Todo parecía irle bien, pero Freddie Drummond no lograba sacudirse del todo la llamada de los bajos fondos, el señuelo de la vida libre y franca, sin trabas ni responsabilidades, al sur de la Raja. A medida que se acercaba la fecha de su boda, sentía que, en efecto, había corrido sus buenas juergas de juventud, y sentía, además, lo bueno que sería poder darse una última cana al aire, hacer de buen compañero y de calavera una última vez, antes de asentarse entre grises aulas de conferencias y un sobrio matrimonio. Y, para tentarlo aún más, el último capítulo de *Táctica y estrategia obreras* seguía sin escribir por falta de un poquito más de datos esenciales que había descuidado reunir.

Así que Freddie Drummond bajó por última vez convertido en Bill Totts, consiguió sus datos y, por desgracia, se topó con Mary Condon. Ya instalado de nuevo en su gabinete, no era grato recordar lo ocurrido. Hacía su advertencia doblemente imperiosa. Bill Totts se había portado de un modo abominable. No solo se había encontrado con Mary Condon en el Consejo Central Obrero, sino que se había detenido con ella en una casa de comidas,

de camino a casa, y la había invitado a ostras. Y antes de separarse en la puerta de ella, la había estrechado entre sus brazos y la había besado en los labios, y la había besado una y otra vez. Y las últimas palabras de ella en su oído, palabras pronunciadas dulcemente con un sollozo entrecortado en la garganta que no era ni más ni menos que un grito de amor, fueron: «Bill... querido, querido Bill».

Freddie Drummond se estremeció al recordarlo. Veía el abismo abrirse a sus pies. No era polígamo por naturaleza, y le horrorizaban las posibilidades de la situación. Había que ponerle fin, y solo podía acabar de una de dos maneras: o se convertía por entero en Bill Totts y se casaba con Mary Condon, o seguía siendo por entero Freddie Drummond y se casaba con Catherine Van Vorst. De lo contrario, su conducta sería despreciable y espantosa.

En los meses que siguieron, San Francisco quedó desgarrada por el conflicto obrero. Los sindicatos y las asociaciones patronales habían trabado los cuernos con una determinación que hacía pensar que pretendían zanjar el asunto, de un modo u otro, para siempre. Pero Freddie Drummond corregía pruebas, dictaba clases y no se movía. Se consagró a Catherine Van Vorst, y día tras día encontraba en ella más que respetar y admirar; es más, hasta que amar. La Huelga de los Tranvías lo tentó, pero no tan severamente como habría esperado; y llegó la gran Huelga de la Carne y lo dejó frío. El fantasma de Bill Totts había quedado exorcizado con éxito, y Freddie Drummond, con celo rejuvenecido, se enfrascó en un opúsculo, planeado hacía mucho, sobre el tema de los «rendimientos decrecientes».

Faltaban dos semanas para la boda cuando, una tarde, en San Francisco, Catherine Van Vorst pasó a recogerlo y se lo llevó a ver un Club de Muchachos, instituido hacía poco por los trabajadores sociales por los que ella se interesaba. Era el coche de su hermano, pero iban solos, salvo por el chófer. En el cruce con la calle Kearny, las calles Market y Geary se intersectan como los lados de una letra «V» de ángulo agudo. Ellos, en el automóvil, bajaban por Market con la intención de sortear el agudo vértice y subir por Geary. Pero no sabían qué bajaba por Geary, calculado por el destino para salirles al encuentro en el vértice. Aunque sabía por los periódicos que la Huelga de la Carne estaba en marcha y que era una huelga sumamente enconada, en aquel momento nada estaba más lejos de la mente de Freddie Drummond. ¿No iba acaso sentado junto a Catherine? Y, además, le estaba

exponiendo con esmero sus opiniones sobre el trabajo social, opiniones en cuya formulación habían tenido su parte las aventuras de Bill Totts.

Por la calle Geary bajaban seis carros de carne. Junto a cada esquirol conductor iba sentado un policía. Delante y detrás, y a lo largo de cada costado de esta procesión, marchaba una escolta protectora de cien policías. Tras la retaguardia policial, a una distancia respetuosa, iba una turba ordenada pero vociferante, de varias manzanas de largo, que atestaba la calle de acera a acera. El Trust de la Carne hacía un esfuerzo por abastecer a los hoteles y, de paso, por empezar a romper la huelga. El St. Francis ya había sido abastecido, a costa de muchas ventanas rotas y muchas cabezas rotas, y la expedición marchaba en socorro del Hotel Palace.

Sin sospechar nada, Drummond iba sentado junto a Catherine, hablando de trabajo social, mientras el automóvil, tocando el claxon metódicamente y esquivando el tráfico, describía una amplia curva para rodear el vértice. Un gran carro de carbón, cargado de carbón en trozos y tirado por cuatro enormes caballos, que justo desembocaba de la calle Kearny como para doblar por Market, les cerró el paso. El conductor del carro parecía indeciso, y el chófer, que iba despacio pero desatendió una advertencia gritada por los policías del cruce, viró el automóvil a la izquierda, violando las normas de circulación, con el fin de pasar por delante del carro.

En aquel momento Freddie Drummond interrumpió su conversación. Y no volvió a reanudarla, pues la situación se desarrollaba con la rapidez de un cambio de decorado. Oyó el bramido de la turba a sus espaldas y alcanzó a ver de reojo a los policías con casco y los bamboleantes carros de carne. En ese mismo instante, sacudiendo el látigo y poniéndose de pie para la faena, el carbonero lanzó caballos y carro justo delante de la procesión que avanzaba, frenó a los caballos en seco y echó el gran freno. Luego amarró las riendas a la palanca del freno y se sentó con el aire de quien se ha detenido para quedarse. También el automóvil había tenido que parar, atascado contra los grandes caballos delanteros, que resollaban y se habían encajado contra él.

Antes de que el chófer pudiera echar marcha atrás para despejarse, un viejo irlandés, que conducía un desvencijado carro de transporte y arreaba a latigazos a su único caballo hasta el galope, había enganchado las ruedas con las del automóvil. Drummond reconoció tanto al caballo como al carro,

pues él mismo los había conducido a menudo. El irlandés era Pat Morrissey. Al otro lado, un carro de cervecería se enganchaba con el carro de carbón, y un tranvía de la calle Kearny que iba hacia el este, haciendo sonar frenéticamente su campana, con el conductor gritándole desafíos al policía del cruce, se precipitaba hacia delante para completar el bloqueo. Y carro tras carro se iban enganchando y bloqueando y sumándose a la confusión. Los carros de carne se detuvieron. La policía quedó atrapada. El bramido de la retaguardia arreció cuando la turba se lanzó al ataque, mientras la vanguardia de la policía cargaba contra los carros que obstruían el paso.

—La hemos hecho buena —le comentó Drummond con frialdad a Catherine.

—Sí —asintió ella, con idéntica frialdad—. Qué salvajes son.

Su admiración por ella se duplicó sobre sí misma. Era, en efecto, de su misma clase. Se habría dado por satisfecho con ella aunque hubiera chillado y se hubiera aferrado a él, pero esto... esto era magnífico. Estaba sentada en pleno ojo del huracán tan tranquila como si no fuera más que un atasco de carruajes a la salida de la ópera.

La policía forcejeaba por abrir un pasadizo. El conductor del carro de carbón, un hombretón en mangas de camisa, encendió una pipa y se quedó fumando. Miró con complacencia hacia abajo, a un capitán de policía que lo increpaba entre juramentos, y su único reconocimiento fue un encogimiento de hombros. De la retaguardia se alzaba el ta-ta-tá de las porras sobre las cabezas y un pandemónium de juramentos, alaridos y gritos. Un violento estallido de ruido proclamó que la turba había roto las líneas y estaba arrancando a un esquirol de un carro. El capitán de policía se reforzó con hombres de su vanguardia, y la turba de la retaguardia fue repelida. Entretanto, ventana tras ventana del alto edificio de oficinas de la derecha se habían ido abriendo, y los oficinistas con conciencia de clase hacían llover un chaparrón de mobiliario de oficina sobre las cabezas de policías y esquiroles. Papeleras, tinteros, pisapapeles, máquinas de escribir... cualquier cosa que cayera a mano llenaba el aire.

Un policía, por orden de su capitán, trepó hasta el elevado pescante del carro de carbón para detener al conductor. Y el conductor, incorporándose sin prisa y en son de paz para recibirlo, de pronto lo estrujó entre sus brazos y lo arrojó encima del capitán. El conductor era un joven gigante, y cuando

se encaramó a su carga y sopesó un trozo de carbón con ambas manos, un policía que estaba justo escalando el carro por el costado se soltó y cayó de vuelta a tierra. El capitán ordenó a media docena de sus hombres que tomaran el carro. El carretero, gateando de un lado a otro sobre la carga, los derribaba a golpes con enormes trozos de carbón.

La multitud de las aceras y los carreteros de los carros enganchados rugían de aliento y de puro gozo. Al conductor del tranvía, que rompía cascos con la barra de mando, lo molieron a golpes hasta dejarlo sin sentido y lo arrancaron de su plataforma. El capitán de policía, fuera de sí ante el rechazo de sus hombres, encabezó el siguiente asalto al carro de carbón. Una veintena de policías trepaba en enjambre por la fortaleza de altos costados. Pero el carretero se multiplicaba. Por momentos había seis u ocho policías rodando por el pavimento y bajo el carro. Enfrascado en repeler un ataque contra la parte trasera de su fortaleza, el carretero se volvió y vio al capitán justo en el acto de poner pie sobre el pescante desde el frente. Aún estaba en el aire y en el más inestable equilibrio cuando el carretero lanzó un trozo de carbón de casi catorce kilos. Le dio al capitán de lleno en el pecho, y este cayó de espaldas, dio contra el lomo de uno de los caballos, se desplomó al suelo y quedó encajado contra la rueda trasera del automóvil.

Catherine lo creyó muerto, pero se levantó y volvió a la carga. Ella tendió su mano enguantada y palmeó el flanco del caballo, que resoplaba y temblaba. Pero Drummond no reparó en el gesto. No tenía ojos para nada salvo para la batalla del carro de carbón, mientras en algún lugar de su complicada psicología un tal Bill Totts se agitaba y se esforzaba por cobrar vida. Drummond creía en la ley y el orden y en el mantenimiento de lo establecido, pero aquel amotinado salvaje que llevaba dentro no quería saber nada de eso. Entonces, como nunca, invocó Freddie Drummond su férrea contención para salvarse. Pero está escrito que la casa dividida contra sí misma ha de caer. Y Freddie Drummond descubrió que había repartido toda su voluntad y su fuerza con Bill Totts, y que entre ambos la entidad que los constituía a los dos estaba siendo desgarrada en dos mitades.

Freddie Drummond iba sentado en el automóvil, muy sereno, al lado de Catherine Van Vorst; pero quien miraba por los ojos de Freddie Drummond era Bill Totts, y en algún punto detrás de aquellos ojos, batallando por el control del cuerpo que compartían, estaban Freddie Drummond, el sociólogo cuerdo y conservador, y Bill Totts, el obrero sindicalista belicoso y con

conciencia de clase. Fue Bill Totts, mirando por aquellos ojos, quien vio el final inevitable de la batalla del carro de carbón. Vio a un policía ganar lo alto de la carga, luego a un segundo, luego a un tercero. Se tambaleaban torpemente sobre aquel suelo movedizo, pero sus largas porras antidisturbios estaban fuera y en movimiento. Un golpe alcanzó al carretero en la cabeza. Un segundo lo esquivó, recibéndolo en el hombro. Para él, la partida estaba claramente perdida. Se lanzó de golpe hacia delante, agarró a dos policías entre sus brazos y se arrojó al pavimento hecho prisionero, sin aflojar en ningún momento la presa sobre sus dos captores.

A Catherine Van Vorst le daba náuseas y desfallecía a la vista de la sangre y de la pelea brutal. Pero sus escrúpulos quedaron vencidos por el hecho sensacional y de lo más inesperado que siguió. El hombre que iba a su lado profirió un alarido sobrehumano e incivilizado y se puso en pie. Lo vio saltar por encima del asiento delantero, brincar a la ancha grupa del caballo de varas y desde allí ganar el carro. Su embestida fue como un torbellino. Antes de que el desconcertado agente que estaba sobre la carga pudiera adivinar el propósito de aquel caballero de atuendo convencional pero de aspecto exaltado, recibió un puñetazo que lo hizo describir un arco por el aire hasta el pavimento. Una patada en la cara indujo a un policía que subía a seguir su ejemplo. Una arremetida de otros tres logró alcanzar la cima y trabarse con Bill Totts en un descomunal abrazo, durante el cual una porra le abrió el cuero cabelludo, y la chaqueta, el chaleco y media camisa almidonada le fueron arrancados. Pero los tres policías salieron despedidos a diestro y siniestro, y Bill Totts, haciendo llover trozos de carbón, mantuvo el fuerte.

El capitán encabezó gallardamente el ataque, pero fue derribado por un pedazo de carbón que le estalló en la cabeza en negro bautismo. La necesidad de la policía era romper el bloqueo por delante antes de que la turba pudiera irrumpir por detrás, y la necesidad de Bill Totts era conservar el carro hasta que la turba lograra abrirse paso. Y así prosiguió la batalla del carbón.

La multitud había reconocido a su campeón. «Big» Bill, como de costumbre, se había puesto al frente, y a Catherine Van Vorst la desconcertaban los gritos de «¡Bill! ¡Ay, tú, Bill!» que se alzaban por todas partes. Pat Morrissey, en el pescante de su carro, brincaba y chillaba en pleno éxtasis: «¡Cómetelos, Bill! ¡Cómetelos! ¡Cómetelos vivos!». Desde la acera oyó la voz de una mujer que gritaba: «¡Ojo, Bill... por delante!». Bill atendió al aviso y con carbón bien dirigido despejó de asaltantes la parte delantera del

carro. Catherine Van Vorst volvió la cabeza y vio, en el bordillo de la acera, a una mujer de colorido vivo y centelleantes ojos negros que miraba con toda su alma al hombre que unos minutos antes había sido Freddie Drummond.

Las ventanas del edificio de oficinas se llenaron de aplausos vociferantes. Cayó un nuevo chaparrón de sillas de oficina y archivadores. La turba había roto por un lado la línea de carros y avanzaba, y cada policía aislado era el centro de un grupo de pelea. Los esquiroles fueron arrancados de sus asientos, se cortaron los tiros de los caballos y se puso en fuga a los aterrados animales. Muchos policías se metían a rastras bajo el carro de carbón buscando refugio, mientras los caballos sueltos, con aquí y allá un policía a lomos o forcejeando en sus cabezas para sujetarlos, se abalanzaban a través de la acera de enfrente del atasco e irrumpían en la calle Market.

Catherine Van Vorst oyó la voz de la mujer que llamaba a modo de advertencia. Estaba de nuevo en el bordillo y gritaba:

—¡Lárgate, Bill! ¡Ahora es tu momento! ¡Lárgate!

Por el momento, la policía había sido barrida. Bill Totts saltó al pavimento y se abrió camino hacia la mujer de la acera. Catherine Van Vorst la vio echarle los brazos al cuello y besarlo en los labios; y Catherine Van Vorst lo observó con curiosidad mientras él seguía acera abajo, con un brazo alrededor de la mujer, hablando y riendo ambos, y él con una locuacidad y un desenfreno que ella jamás habría podido imaginar posibles.

La policía había vuelto y despejaba el atasco mientras esperaba refuerzos y nuevos conductores y caballos. La turba había hecho su trabajo y se dispersaba, y Catherine Van Vorst, que seguía mirando, alcanzaba a ver al hombre que había conocido como Freddie Drummond. Sobresalía una cabeza por encima del gentío. Seguía con el brazo en torno a la mujer. Y ella, en el automóvil, mirando, vio a la pareja cruzar la calle Market, cruzar la Raja y desaparecer calle Third abajo, en el gueto obrero.

* * * * *

En los años que siguieron, un tal Freddie Drummond no volvió a dictar conferencias en la Universidad de California, y no volvieron a aparecer libros de economía ni sobre la cuestión obrera bajo el nombre de Frederick A. Drummond. En cambio, surgió un nuevo líder obrero, William Totts de

nombre. Fue él quien se casó con Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Guanteras nº 974; y fue él quien convocó la célebre Huelga de Cocineros y Camareros, que, antes de su exitoso desenlace, arrastró consigo a decenas de otros sindicatos, entre los cuales, de los más remotamente afines, figuraban los Desplumadores de Pollos y los de Pompas Fúnebres.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB